

PRESENTACIÓN

Gianni Cipriani^a

La violencia política es una parte integral de la historia de la humanidad. Y, por consiguiente, también lo es el terrorismo, al menos si asumimos las ideas de Nicolás Maquiavelo en su obra *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Allí Maquiavelo aconsejaba a los que estaban en el poder que, si querían mantenerlo, hicieran uso del “terror y miedo en los hombres”.

En línea con lo dicho podría aseverarse, entonces, que inicialmente el concepto de terror parecía intrínseco al sistema de violencia que el poder dominante ejercía para someter a la población, distinguiéndose con claridad de la guerra, relacionada con el mundo exterior: terror para los de dentro; guerra para los de fuera.

Pero estas diferencias se han ido difuminando con el transcurso del tiempo. Así, hay quien ha considerado el terrorismo como un instrumento más de rebelión de los dominados hacia los gobernantes, de los oprimidos contra los opresores, hasta el punto de identificarlo con la propia guerra. También en

^a Gianni Cipriani, periodista, analista de inteligencia y ensayista, es considerado uno de los principales expertos italianos en terrorismo y servicios secretos. Ha sido asesor del comité parlamentario sobre terrorismo y de la comisión Mitrokhin. En 2010, junto con su hermano Antonio Cipriani, concibió y fundó *Globalist*.

E-mail: gianni.cipriani@globalist.it



este punto cabe destacar que hay quienes han hablado del terrorismo como una guerra no convencional y otros como una guerra convencional sin más.

Lo que subyace a una confusión de este tipo es una cuestión muy grave: carecemos de una definición de terrorismo que sea objetiva y, en cuanto, aceptada por todas las partes afectadas sea cual sea su ideología. En particular, ni siquiera el propio término *terrorismo* es aceptado por los terroristas cuando se aplica a sus *acciones*. Los terroristas no se perciben como tales. Han aprendido a verse a sí mismos como las víctimas de un proceso en el que se ven obligados a *defenderse* haciendo uso de medios poco o nada convencionales. En definitiva, ellos ven el mundo al revés: ellos son las víctimas y las víctimas reales de sus atentados pasan a convertirse en sus verdugos.

Y añadamos una complicación más. El término *terrorismo* se ha empleado a menudo como una forma de deslegitimación del adversario. En Italia, en concreto, los partisanos –que en la república democrática recibieron medallas por su valor civil o militar– fueron definidos como “terroristas” por las tropas nazis o fascistas. Y, si nos referimos a tiempos más recientes, convendría señalar que, en el complicado escenario de Medio Oriente, cada una de las partes define al adversario como “terrorista”.

De lo dicho se desprende una primera consecuencia importante: cuando hablemos de terrorismo y radicalización, deberemos ser prudentes o, al menos, ser conscientes de que la definición está ligada, en parte, subjetivamente a nuestro sistema de valores de referencia. Sean los que sean estos valores, lo que sí quedará claro en la tipificación de un acto como terrorista será el hecho de que su importancia para quien lo perpetre estará ligada, ante todo, a la circunstancia de llevar el terror al ánimo de quien lo presencie o tenga noticia de él. Se comete el atentado, sobre todo, para que se tenga noticia de él y que quien sepa lo que ha sucedido se aterrorice pensando que podría haber sido él una de las víctimas.

A este último respecto cabe destacar que la globalización –ante todo, la mediática– ha hecho que el terrorismo adquiriese una dimensión tanto interna como internacional. Quizá el momento decisivo para esa internacionalización o globalización del terrorismo haya sido el ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001: un atentado presenciado en directo en todo el mundo



como si –y muy probablemente así sucedió– hubiese sido programado para lograr la mayor audiencia posible. El impacto emocional fue enorme, planetario, acompañado de escenas de alegría en los países que odiaban el llamado “imperialismo estadounidense” y de un miedo agobiante en Occidente –un miedo que a lo largo de los años ha acabado modificando los hábitos de vida occidentales–.

Con la irrupción de Osama Bin Laden en la escena, la presencia del terrorismo –obviamente los *qaedistas* no se autoperceben como terroristas, sino como *muyahidines*, es decir, combatientes o guerreros por el islam– aparece como un fenómeno transnacional, capaz de atacar en cualquier parte del mundo y, a la vez, atractivo para ciertos sectores de la población mundial. Esto último es lo que explica que lo que se había tomado por algunos como la *decadencia qaedista* no haya sido otra cosa que una crisis superada con el nacimiento del Dáesh como nueva y más potente fuerza de atracción –sobre todo para jóvenes de diversas partes del mundo– para la *defensa* del Estado Islámico, instaurado en Iraq-Siria. De este modo, el Dáesh se ha convertido en el catalizador por excelencia de la atención internacional.

La situación, pues, ha cambiado por completo en las últimas décadas con relación al terrorismo. Anteriormente, el terrorismo había tenido casi siempre una dimensión nacional –a menudo, simplemente, local– y los intentos de “internacionalizar” la *lucha* habían generado, como máximo, situaciones de solidaridad entre diferentes organizaciones, cada una de las cuales, sin embargo, había permanecido con su estrategia y sus objetivos. En cambio, en el caso de Al Qaeda y, sobre todo, del Dáesh, la internacionalización ha sido posible gracias a ideas –que en Occidente pueden parecerse que están fuera de la realidad, pero que resultan muy atractivas para un amplio sector musulmán– como la generación de una verdadera *umma* o comunidad de creyentes bajo la forma política de un califato.

Lo cierto es que lo sucedido estos últimos años –con la internacionalización del terrorismo y, en particular, del terrorismo transnacional que nos ha afectado a las sociedades europeas– justifica sobradamente llevar a cabo una reflexión profunda sobre sus diversos aspectos, tal como se efectúa en los distintos artículos que integran este número de la revista *SCIO*.



El problema es muy grave y precisamos de reflexiones serias y penetrantes sobre él. En pocas palabras: el proceso de radicalización y adhesión al terrorismo ha discurrido por miles de riachuelos diferentes y es imposible identificar un solo camino, un camino único. Jóvenes analfabetos e ignorantes se han unido al Dáesh, pero también lo han hecho graduados pertenecientes a las clases más ricas. A él se han adherido personas que han sido educadas rígidamente en los preceptos islámicos desde una edad temprana, pero también criminales, narcotraficantes, exalcohólicos, etc. que han decidido morir como “verdaderos musulmanes”. En el Dáesh se han integrado personas con trabajo y familia, pero también desheredados, mercenarios, aventureros. Han formado parte de él gente lúcidamente determinada en unos casos, pero, en otros, incluso, desequilibrada. En suma, el único denominador común que han tenido es la fascinación que sobre ellos ha ejercido el islam como forma de vida, aunque –como acabamos ver– se han acercado a él por vías muy variadas y también con diferentes propósitos. No siempre su finalidad ha sido ganar el Paraíso; en ocasiones, sus motivos para incorporarse al terrorismo transnacional han sido mucho más prosaicos: más materiales y terrenales.

No quisiera concluir esta breve presentación sin hacer mención explícita de algunas otras cuestiones que me inquietan.

El papel de los medios de comunicación

En particular, como periodista, hay una pregunta que me formulo de continuo: la información sobre el terrorismo. ¿Ha ayudado a combatirlo o se ha convertido en su caja de resonancia? En este número de *SCIO* se trata en profundidad este tema. Mi impresión, totalmente subjetiva, es que la información ha sido inevitablemente un elemento que ha multiplicado el miedo en la opinión pública, al menos occidental, al no poder ignorar o censurar la historia de los acontecimientos trágicos, incluso cuando la forma de informar ha estado alejada de todo tipo sensacionalismo y ha seguido una línea de sobriedad.

Y no estoy pensando tan solo en la información transmitida por los medios de comunicación de corte tradicional. El desarrollo de Internet ha tenido



como una de sus consecuencias la crisis de la información tal y como había sido concebida en el período anterior a la web. Ahora se pueden “subir” a la red imágenes, videos, proclamas y cuanto se desee, sin filtros y con absoluta inmediatez y ubicuidad. Es una lección que han aprendido rápidamente los terroristas, que han hecho de la red el gran medio para la propaganda de sus atentados, la exposición de sus ideas y, en último extremo, la captación de prosélitos. No en vano, pues hay quien asevera que la web se ha convertido en una especie de “universidad” de la radicalización.

De lo dicho se desprende mi convencimiento de que los medios son un elemento clave en este grave problema. Es por esta razón por la que debemos plantearnos cómo informar sin convertirnos en amplificadores del miedo –en contra de nuestra propia voluntad–, analizando y consensuando cómo informar, en definitiva, para realmente contribuir a la lucha contra esta lacra. Pero de mis palabras también se desprende que tan importante o más que este trabajo de los medios de comunicación lo es el de ingenieros informáticos, proveedores y gigantes de la web que deberían esforzarse en desarrollar mecanismos para *esterilizar* las fuentes de propaganda del terrorismo.

La radicalización de la juventud

En cuanto a la violencia juvenil –y no solo respecto de ella– creo que está claro que, más allá de los diferentes contextos sociales, políticos y económicos, buena parte de los procesos de radicalización o transición al terrorismo han tenido lugar en un contexto de “consenso” (familia, grupo, sociedad). Es este un tema que se solapa con el problema de la violencia en la sociedad, en las familias, en los suburbios, en la exaltación del egoísmo que legitima la arrogancia y la prepotencia en detrimento del bien común.

No es casual que el Dáesh –tanto en Raqqah como en Mosul– tuviera especial cuidado en enseñar a los más jóvenes la violencia y la prepotencia hacia el otro (el extraño, el incrédulo, el homosexual, el adúltero), de manera que hicieron coincidir lo bueno solo con la obediencia ciega y fomentaron el odio hacia cualquier cosa que no se correspondiera con estos parámetros.



Concluyendo

El terror y la violencia –como he empezado afirmando– han sido parte integral de la historia de la humanidad y me temo que no nos libraremos de estas lacras ni pronto, ni fácilmente. Al revés, en nuestro tiempo –en la era del terrorismo global y la radicalización– han hecho su aparición elementos mucho más impredecibles y elusivos que en el pasado, que no solo posibilitan el ejercicio del terror, sino que nos permiten ser conscientes instantáneamente de su enorme potencial destructivo. Pensemos, además, en el tremendo cambio que ha experimentado el terrorismo, pasando de ser selectivo –y dirigido hacia determinadas personas o instituciones– a convertirse en un mecanismo de destrucción absolutamente indiscriminado, para el que lo que importa, a menudo, es el número de víctimas: cuantas más víctimas –cuanto mayor sea la masacre–, mejor para sus propósitos. El objetivo que persigue el terrorismo transnacional es que nadie se sienta seguro, sea en un avión, un metro, un autobús, caminando por un paseo o comprando en un supermercado en un pequeño pueblo. Todos –es lo que los terroristas quieren– debemos sentirnos potenciales víctimas.

El político y filósofo italiano Antonio Gramsci había aludido varias veces en sus escritos (en realidad se estaba refiriendo a la concepción socialista del proceso revolucionario) al “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”. Tomando prestado este pensamiento, podríamos decir que la razón nos hace sentir impotentes ante la lacra del terrorismo. Pero el optimismo de la voluntad debe empujarnos a pensar que el estudio, la cultura, la conciencia, la paciencia de construir donde sería más fácil destruir ciertamente no pueden ser los únicos, pero sí los principales remedios para combatir la violencia, el terrorismo y la fascinación que ejercen en diversos niveles de la sociedad. Quizá más que de optimismo se trate de un sueño. Pero vale la pena comprometerse en promover un mundo en el que un libro valga más que un cuchillo, una pistola o una bomba.

